

INQUISIDOR, POETA Y GEÓGRAFO JOSÉ VICENTE DEL OLMO (VALENCIA, 1611-1696)

Alfredo Faus Prieto
Universitat de València

Resumen: José Vicente del Olmo, secretario de la Santa Inquisición durante la segunda mitad del siglo XVII, formó parte del círculo academicista y preilustrado de la ciudad de Valencia que participó en la introducción de la ciencia moderna en España. Tras una primera etapa dedicada a la poesía y el arte de la emblemática en el contexto de una ciudad efímera y barroca, sus inquietudes intelectuales acabaron llevándole al estudio de la geografía, entendida como una rama de las ciencias físico-matemáticas. En este artículo se analiza esta trayectoria y se hace una primera aproximación a la obra cumbre de este autor: la *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra* (1681).

Palabras clave: Inquisición, Academicismo, Ciencias Físico-Matemáticas, Geografía, Ciudad de Valencia, Siglo XVII.

Abstract: José Vicente del Olmo, secretary of the Holy Inquisition during the second half of the 17th century, formed part of the academic circle of the city of Valencia that took part in the introduction of the modern science in Spain. After the first stage dedicated to the poetry and the art of the emblematic one in the context of an ephemeral and baroque city, his intellectual worries finished taking him to the study of the geography, understood as a branch of the sciences physicist- mathematics. In this article this path is analyzed and the first approximation is done to the greatest work of this author: the *New Description of the Orb of the Earth* (1681).

Key words: Inquisition, Academic Circles, Sciences Physicist-Mathematics, Geography, City of Valencia, 17th Century.

1. INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII la ciudad de Valencia se convirtió en uno de los centros más dinámicos del movimiento que facilitó la introducción de la ciencia moderna en España (López *et al.*, 1998). Este proceso renovador (o *novator*) fue iniciado por una serie de autores que, abandonando el ámbito universitario o actuando directamente fuera de él, aglutinaron en torno suyo a las diferentes tertulias y academias que acabarían dándole forma. En el caso concreto de las ciencias físico-matemáticas o matemáticas mixtas de las que formaba parte la geografía y al margen del jesuita José Zaragoza, considerado como *precursor* de dicho movimiento, en este grupo se incluyeron científicos de la talla de Baltasar Íñigo, Juan Bautista Corachán y Tomás Vicente Tosca (Navarro, 1985). En los numerosos estudios dedicados a esta etapa, la justa atención que ha merecido la obra de todos ellos ha oscurecido, por contraste, la de aquellos tertulianos y académicos que actuaron como *satélites* del grupo y no llegaron a alcanzar el prestigio y la consideración debida.

La geografía, considerada un apartado menor en obras como el *Compendio Mathematico* de Tosca (1707-1715), fue cultivada, sin embargo, por varios de estos autores *periféricos*, que vieron en ella un campo propicio para mostrar su erudición y participar del ambiente preilustrado que les rodeaba. Esta actitud, que ya pudimos estudiar en el caso tardío del impresor Antonio Bordázar de Artazu (Faus, 1988), tuvo un antecedente directo en el autor que ahora nos ocupa: José Vicente del Olmo (Valencia, 1611-1696). Discípulo de José Zaragoza, del Olmo acabó abandonando la práctica de la profesión que había enriquecido a su familia y que le había sido encomendada por nacimiento (la notaría inquisitorial) y dedicó los últimos treinta años de su vida a lo que él mismo denominó “las buenas letras”. Tras un primer paréntesis centrado en cultivar la poesía y la emblemática festiva como una forma de hacer visible su posición económica y social en concursos y actos públicos, aún tuvo tiempo de convertirse en el geógrafo finisecular por excelencia.

La *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra*, una obra publicada en 1681 a cuya redacción del Olmo dedicó al menos diez años, debería bastar para reivindicar su nombre en la historia de la geografía española, algo que sólo hemos hecho de manera tangencial (Capel, 1982; Faus, 1990 y 1997). Compendio excesivo, propio de un diletante, por este tratado inacabable circulan la mecánica galeana, las decisiones ultraortodoxas y anticopernicanas del concilio de Trento, las ideas neptunistas, las propuestas del organicismo, la visión de la Tierra contenida en las *Etimologías* de San Isidoro, los cálculos inasibles de la cronología eclesiástica, mil y un detalles extraídos de la mineralogía y la paleontología, lo monstruoso y lo portentoso, las proyecciones cartográficas ptolemaicas y un largo etcétera de aspectos tenidos por *geográficos* en la Edad Moderna. En último extremo, estamos ante un ejemplo mayúsculo de la geografía humanista del siglo XVII, una encrucijada que ya portaba en su seno la confusión epistemológica que acabaría conduciendo a la disciplina, un siglo más tarde, al abandono definitivo de los contenidos matemáticos y a la preferencia por los enciclopédicos y descriptivos que nunca dejaron de formar parte de ella.

2. ENTRE LA NOTARÍA DEL SECRETO Y LAS BUENAS LETRAS

Los orígenes de la familia de José Vicente del Olmo se sitúan en la comunidad aragonesa de Calatayud y están ligados a un humilde linaje de campesinos. El iniciador de su rama valenciana fue Juan del Olmo (abuelo de José Vicente), quien llegó a Valencia en la década de 1550 procedente de la villa de Montón (Zaragoza). De él sólo sabemos que en 1578, siguiendo un modelo de ascenso social ya contrastado en el reino de Valencia (Gil, 1999), contrajo matrimonio con Magdalena de Oñate y entró, a resultas del mismo, al servicio del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. El padre de la novia, Miguel Ángel de Oñate, era alcaide de las prisiones secretas del Santo Oficio, cargo que Juan del Olmo recibió como parte de la dote de su esposa. Lo ejerció hasta 1583, momento en el que, tras aprender los rudimentos de la profesión (básicamente, la capacidad para anotar las declaraciones del acusado y de los testigos), fue nombrado notario del secreto (secretario) del tribunal valenciano. La acostumbrada transmisión hereditaria de los cargos haría que otros

cinco miembros de la familia del Olmo se sucedieran en este mismo empleo hasta mediados del siglo XVIII (Cuadro)¹.

<i>Miembro de la familia del Olmo</i>	<i>Años de ejercicio como notario del secreto</i>
Juan del Olmo	1583-1590
José del Olmo y Oñate	1590 (menor de edad hasta 1609)-1644
José Vicente del Olmo y Conca	1644-1669
Vicente del Olmo y Abad	1669-1719
José Salvador y de León	
(cónyuge de Isabel María del Olmo)	1719-1741
Vicente Salvador y del Olmo	1741- ?

Fue con el primero de ellos con quien la familia alcanzó una posición social privilegiada en la ciudad de Valencia. Además de sustituir a su padre como notario del secreto en 1609², José del Olmo fue elegido síndico del estamento militar en las Cortes de Monzón (1626), receptor interino del Real Fisco de la Inquisición (1630), miembro por insaculación del Consell General de la ciudad (1633), justicia civil (1636) y administrador municipal del suministro de cereales (1641) y de la sisa de la carne (1643-1644). Un conjunto de distinciones que supuso, ante todo, una fuente inagotable de ingresos para la familia. Como notario del secreto, José del Olmo controló entre 1627 y 1637 las investigaciones genealógicas que acompañaban a los expedientes presentados ante el tribunal de Valencia por inquisidores, funcionarios, notarios de distrito, comisarios y familiares del Santo Oficio. Los sobornos, la falsificación de documentos o la creación de linajes a la carta eran prácticas comunes en estos casos. Por su parte, la condición de síndico convirtió a José del Olmo en el encargado de recaudar los impuestos necesarios para sufragar los gastos del brazo militar, lo que implicaba incluso la potestad de ejecutar desahucios contra los morosos. La posibilidad de sustraer parte de la recaudación también estaba presente, por último, en su actuación como receptor fiscal y como encargado del suministro de cereales y de la sisa de la carne. En el caso de esta última, por ejemplo, lo habitual que resultaba la apropiación de fondos por parte del responsable de su cobro hizo que el Consell General de la ciudad se viese obligado, en 1659, a presentar ante el virrey un proyecto de capítulos para intentar controlar estos abusos³.

Además del enriquecimiento personal y familiar derivado de estas prácticas, el ejercicio en favor de la Inquisición de tales cargos también procuró a José del Olmo una enor-

¹ Conocemos la trayectoria en el cargo de los miembros de la familia del Olmo gracias a la relación genealógica presentada en 1750 por Vicente Salvador y del Olmo (bisnieto de José Vicente del Olmo) ante el Consejo de la Suprema y General Inquisición: Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN), Inquisición, Legajo 2317.

² El cargo le fue revertido en 1590, pero durante su minoría de edad fue ocupado por el alcaide Pedro Juan Vidal, según el acuerdo al que llegó con la viuda de Juan del Olmo (a la que entregaba un tercio del sueldo).

³ Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV), Manual de Consells (MC), 1659-1660, sesión del 14/VIII/1659.

me parcela de poder (Haliczer, 1994). Como síndico en las Cortes de Monzón, defendió la jurisdicción de la Inquisición sobre sus familiares laicos; como jurado del Consell, intervino para evitar que los ingresos del tribunal inquisitorial procedentes de censos fueran reducidos por el consistorio municipal; como justicia civil, encargado de presidir el tribunal de primera instancia para las causas que se dirimían en la ciudad, medió en las que afectaban directamente al Santo Oficio. Ni que decir tiene que todos estos servicios hicieron que Ambrosio Roig, inquisidor general de Valencia, se sintiera en deuda permanente con él. De hecho, fue Roig quien le nombró receptor fiscal interino a la muerte de su sobrino Melchor de Mendoza y quien le permitió llevar sombrero en lugar de la boina prescrita para todos los funcionarios inquisitoriales. La relación de proximidad entre ambos alcanzaría su máxima expresión en 1636, cuando Julián de Palomares, otro de los notarios del secreto adscritos al tribunal de Valencia, denunció ante el Consejo de la Suprema y General Inquisición las prácticas corruptas toleradas por Roig y que afectaban a las actuaciones de José del Olmo y del fiscal Juan de Espina. Cuando Palomares fue asesinado a finales de 1637, José del Olmo y su hijo José Vicente fueron acusados y encarcelados por orden de la Real Audiencia. Puestos de inmediato en libertad, el juicio posterior demostró el peso político alcanzado por la familia del Olmo, que en todo momento se sintió protegida y a salvo de las consecuencias de su actuación⁴.

José Vicente del Olmo había nacido en la parroquia de la Santísima Cruz de Valencia en 1611, fruto del matrimonio entre José del Olmo y Marcela Conca⁵. Cuando fue encarcelado por colaborar en los turbios manejos de su padre ya estaba casado con Cristina Abad y había sido reconocido como familiar del Santo Oficio⁶. En esa fecha, su implicación en los asuntos del tribunal inquisitorial debía de ser máxima, toda vez que Palomares le acusó directamente de tener la costumbre de llevarse a casa los libros prohibidos del secreto, una práctica perseguida porque en ellos figuraban los datos personales de los encausados y de los testigos. La formación necesaria para actuar como notario del secreto debió de adquirirla, por lo tanto, trabajando al lado de su padre, pero no es descabellado pensar que debió de completarla, en consonancia con el ascenso social de su familia, en algún centro académico. En la Valencia del primer tercio del siglo XVII, apenas había media docena de colegios a los que pudiera asistir. De ellos, tres acogían a alumnos pobres (los de Santo Tomás de Villanueva, Na Monforta y La Purificación), uno encaminaba directamente a los suyos hacia el sacerdocio (el de Corpus Christi) y otro estaba reservado a los miembros de la Orden de los Templarios (el de San Jorge o de Santa María de Montesa). Queda el Colegio de San Pablo, fundado en 1552 por el jesuita Juan Jerónimo Doménech. Es más que probable que fuese en él donde el joven del Olmo adquirió la formación humanística de la que siempre hizo gala.

En todo caso, José Vicente del Olmo sucedió a su padre como notario del secreto en 1644 y se mantuvo en este empleo hasta 1669, fecha en la que lo rewertió en favor de su

⁴ Según Haliczer, los del Olmo constituían una de las familias *centrales* del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Valencia, esto es, una de las más influyentes y temidas por sus adversarios. Las intrigas en las que intervino José del Olmo no se limitaron al ámbito de la Inquisición. En 1646-1647 formó parte, por ejemplo, del grupo de insaculados que intentaron (y consiguieron) preservar este método de elección de los miembros del Consell General de Valencia mediante reuniones secretas, amenazas, sobornos y el empleo de las armas.

⁵ Los datos biográficos básicos de José Vicente del Olmo pueden encontrarse en Rodríguez, 1747, y Ximeno, 1749.

⁶ AHN, Inquisición, Legajo 1784, Expediente 2.

hijo Vicente sin renunciar por ello a un salario que continuó recibiendo íntegro hasta su muerte en 1696. Este abandono tan temprano del cargo debe relacionarse con su creciente presencia en la vida social de la ciudad de Valencia y con unas inquietudes intelectuales que le requerían cada vez más tiempo. Ya en 1653, con motivo de la publicación de su *Lithologia*, el capuchino fray Luis de Valencia, que debía de conocerlo bien por ser consultor calificador del Santo Oficio, decía de él: “Iosef del Olmo [...] sustenta, y lleva el peso de los Ministros Apostolicos del Santo Oficio, y distante de toda ociosidad, que llamó Seneca muerte, y sepulcro de la humana vida [...], se engolfa en la de todas buenas letras, y tiene por descanso, no deponer, sino taracear el trabajo [...]”⁷.

En esa misma fecha y ocasión, el jesuita y matemático José Zaragoza, siendo maestro de retórica en el Colegio de Calatayud, le dedicó un epigrama laudatorio en el que calificaba a José Vicente del Olmo como “un erudito de la literatura más culta, el más versado intérprete de la antigüedad del mundo y de la ciudad”. La amistad entre ambos había surgido durante la primera estancia de Zaragoza en Valencia para estudiar en la universidad y habría de condicionar la evolución intelectual del inquisidor. En 1659, del Olmo participó con un jeroglífico múltiple en las fiestas por la canonización de Santo Tomás de Villanueva e inmediatamente después, coincidiendo con el regreso de Zaragoza a una ciudad en la que proliferaban las academias literarias y científicas, comenzó a desatender sus obligaciones inquisitoriales dejándolas, por delegación, en manos de su hijo. En 1661 fue nombrado miembro del Consell General de Valencia por la clase de caballeros y generosos⁸ y en la segunda mitad de la década de 1660 estuvo presente, como veremos, en todos los eventos literarios organizados en la capital del reino.

En el transcurso de uno de ellos, datado en 1665, Francisco de la Torre se hizo eco de los temas que más le preocupaban en ese momento: “[...] vi a Iosef del Olmo, que llevando un compas en la mano, parecia un Maestro de Capilla de capa y espada. Dixele, señor mio, ¿ese compas que v.m. lleva en la mano, no seria mejor llevarle en los pies de los versos, para que no se salgan del son del assumpto? No señor, me respondió, que yo nunca me salgo del son, y mas aora, que voy metido en otras danças, midiendo la altura de los Polos, latitud, y magnitud de este cometa, computando sus Orbes, y movimientos; y por aora no hago cuenta de otra cosa, porque en esto tengo puesto tomo mi juyzio [...]”⁹.

Finalmente, dejó de ocuparse del trabajo rutinario como notario del secreto en 1669. La relación con Zaragoza, del que José Vicente del Olmo siempre se declaró discípulo, acabó por inclinarle, como se desprende de la cita anterior, hacia el campo de las matemáticas y por llevarle a frecuentar el círculo de los primeros *novatores*, en el que fue introducido por el músico y poeta Félix Falcó de Belaochaga. Del renacer de su vieja amistad son prueba el nombramiento de Zaragoza como consultor calificador del tribunal inquisitorial valenciano en 1668 o el hecho de que el jesuita le confiase a del Olmo alguna de sus obras manuscritas¹⁰. Cuando Zaragoza fue reclamado para ocupar la cátedra de matemáticas del Colegio Imperial de Madrid a finales de 1670, del Olmo se dirigió a su protector en la

⁷ Olmo, 1653. Censura firmada en Valencia el 5 de abril de 1653.

⁸ AHMV, MC, 1660-1661, 13/VI/1661, José Vicente del Olmo era generoso, una suerte de gentil-hombre. En el reino de Valencia, los generosos se incluían junto con los caballeros en una misma bolsa, separados de los nobles en las Cortes.

⁹ Torre, 1665, p. 417.

¹⁰ Como la *Astronomía nova methodo juxta Lansbergii hypothesim ad meridianum, Matritensem, accommodata, ad long. 1.9 gr. 20 min.*, de 1670.

Corte, el marqués de Leganés, para lamentar la marcha de su amigo y elogiarle recordando que le debía todo lo que sabía de geometría, aritmética, álgebra, esfera, trigonometría y arquitectura militar. Un año después, se encargaría de la primera impresión en castellano de los *Elementos* de Euclides que Zaragoza debió de preparar durante su magisterio en el Colegio de San Pablo de Valencia (*Geometria especulativa, y practica de los planos y solidos*, 1671)¹¹. Fruto directo de esta amistad sería la redacción de la *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra*, una obra publicada en 1681 que del Olmo ya debía de tener acabada en 1674, a tenor de las dedicatorias que contiene.

Aunque terminara por sucumbir a la atracción del mundo intelectual valenciano de la época, José Vicente del Olmo continuó utilizando el título de secretario de la Inquisición hasta su muerte. Este hecho y una increíble coincidencia onomástica se encuentran en el origen del mayor equívoco que contiene su biografía. A pesar del interés que ha suscitado entre los historiadores de la ciencia el movimiento preilustrado del que formó parte, *Joseph Vicente* del Olmo es conocido sobre todo por un texto que nunca escribió. Desde la monumental obra de Lea (1906), se le viene atribuyendo sistemáticamente la autoría de la *Relación* del auto de fe celebrado en la plaza Mayor de Madrid a mediados de 1680, que fue redactada por el arquitecto *Joseph* del Olmo. Se trata de un error monumental que sólo ha sido corregido parcialmente cuando se ha considerado a este último como hijo del valenciano, afirmación que tampoco es cierta. José del Olmo fue un arquitecto de amplio recorrido en el Madrid del siglo XVII, cuyo rastro puede seguirse fácilmente en la historiografía (Tovar, 1983)¹². Natural de Pastrana (Guadalajara), nació en 1638, siendo sus padres Francisco del Olmo y Gerónima García. Tras completar su formación, se trasladó a Madrid, donde podemos hallarle trabajando ya en 1667. A partir de 1671, cuando fue nombrado Aparejador de las Obras Reales, su presencia en la Corte fue continua, llegando a acumular los cargos de Maestro Mayor, Aposentador de Palacio y Ayuda de Furriela de Carlos II con los que aparece en la portada de la *Relación* de 1680. Falleció en 1702, sin que, aparentemente, mantuviera relación alguna con el reino de Valencia.

Eliminada de su biografía esta supuesta obra de 1680, de la actividad literaria y científica desarrollada por José Vicente del Olmo en sus últimos años sólo sabemos que logró reunir la mejor biblioteca privada de la ciudad de Valencia, que en 1681 participó en el libro póstumo que la Academia del Alcázar le dedicó a Pedro Calderón de la Barca bajo el título de *Fúnebres elogios*¹³ y que en 1685 publicó su último poema¹⁴ y aún podía encontrarse dando explicaciones acerca de la esfera en la Academia de los Desamparados-San José que presidía el conde de la Alcudía. De lo que no cabe duda es de que continuó incrementando el patrimonio familiar y consolidó la presencia de su familia en los círculos de poder valencianos. Los protocolos del notario Pedro Sessé, ante quien dictaría su testamento y sus últimas voluntades¹⁵, están repletos de épocas firmadas por él, lo que da idea

¹¹ José Vicente del Olmo preparó esta edición a partir de un manuscrito de Zaragoza que conservaba el marqués de Leganés.

¹² En esta obra pueden verse las partidas de bautismo, de matrimonio y de defunción de José del Olmo, al igual que su testamento: pp. 507 y 514-518.

¹³ Las poesías latinas de José Vicente del Olmo se encuentran en las pp. 12-13.

¹⁴ Lo presentó, como veremos, en la Academia que se celebró el 5 de febrero de 1685 en la alcaldía del Palacio Real de Valencia en honor a la condesa de Peñalba.

¹⁵ Archivo del Colegio del Corpus Christi-Patriarca de Valencia, Sección de Protocolos Notariales, Notaría de Pedro Sessé, protocolos números 15128 (1691-1693), 26/IX/1692, y 15129 (1694-1697), 6/VIII/1696, respectivamente.

de su posición económica. Cuando finalmente se produjo su óbito el 11 de agosto de 1696, su familia se preocupó de hacer visible la riqueza atesorada. Enterrado al día siguiente en la iglesia del Santísimo Cristo del Salvador de Valencia con misa de réquiem, su féretro fue acompañado por 29 pobres que habían sido vestidos, alimentados y pagados a su costa, cruz, cinco sacerdotes con capas pluviales que cubrían el sobrepelliz y la estola, y dos acólitos¹⁶.

A José Vicente del Olmo le sustituyó su hijo Vicente, quien dotaría con el cargo de notario del secreto a su hija Isabel María del Olmo al casarse con José Salvador y de León en 1719. Los Salvador provenían de la Plana Alta de Castellón y se presentaban como una de las “más rancias y aristocráticas familias de Sant Mateu”; el padre de José, Vicente Salvador, tenía intereses próximos a los de la familia del Olmo y había accedido en 1660 al cargo municipal de administrador de la sisa de la carne anteriormente detentado por ella¹⁷. El vínculo entre ambas familias acabaría por consolidarse en la persona de Vicente Salvador y del Olmo (bisnieto de José Vicente del Olmo y cronista familiar), quien heredaría el empleo de secretario del tribunal de Valencia en 1741.

3. ZANJAS, JUSTAS LITERARIAS Y ACADEMICISMO PREILUSTRADO

La inclinación hacia la literatura se despertó muy pronto en José Vicente del Olmo, de quien se conoce un manuscrito de 1630 en el que recogió la impresión que le había causado la lectura de los clásicos¹⁸. Sin embargo, antes de dar rienda suelta a esta afición en la década de 1660 publicaría una obra erudita de epigrafía latina dedicada al análisis de los restos arqueológicos hallados durante los trabajos previos a la construcción de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia (*Lithologia*, 1653). Estos trabajos se iniciaron en abril de 1652 y no concluirían hasta 1667, momento en el que se produjo el traslado de la imagen gótica de la virgen a su nueva capilla procedente de la que ocupaba en la catedral desde 1623. La devoción popular hacia la Virgen de los Desamparados, nacida en el siglo XV, se generalizó tras la epidemia de peste de 1646, cuando se le atribuyó el fin de la enfermedad y fue consagrada como patrona de la ciudad y del reino de Valencia. La curación del conde de Oropesa, virrey de la época, aceleró el proyecto de construcción de la basílica, que databa de 1644 y fue encargado finalmente al arquitecto Diego Martínez Ponce.

El nuevo templo se alzó, en un solar próximo a la Almoina, sobre los terrenos de la vivienda particular del que fuera arcediano mayor de la catedral. Según cuenta del Olmo, cuya presencia en las excavaciones pudo deberse a que dicho solar era el utilizado habitualmente por el Santo Oficio para sus celebraciones públicas en Valencia, cuando se abrieron las primeras zanjas de la obra se encontraron diversos vestigios romanos de la época

¹⁶ Archivo Parroquial de la Santísima Cruz de Valencia (APSC), Libro Racional, 1696, fol. 248. Estas muestras de ostentación no fueron limitadas por la iglesia católica hasta el Concilio Vaticano II, convocado en 1959.

¹⁷ AHMV, MC, 1659-1660, 17/I/1660.

¹⁸ El título de este manuscrito era *Sentencias y Aforismos, con algunos pedazos de Historias, sacados de Autores varios*. Sabemos de su existencia gracias a Vicente Ximeno, quien afirmaba haberlo consultado en la biblioteca de Vicente Salvador y del Olmo.

republicana: varios mármoles con inscripciones latinas, algunas medallas y monedas de cobre, importantes restos arquitectónicos, un pavimento y una estatua incompleta. Su descripción en la *Lithologia* le ocupó menos de un año, ya que en mayo de 1653 presentó el original de la obra ante el consistorio municipal con el fin de solicitar una ayuda económica para sufragar los gastos de una edición de la que se haría finalmente cargo Bernardo Nogué¹⁹. El resultado fue un texto que sigue siendo, con todas sus limitaciones y a día de hoy, la fuente de información más importante sobre la Valencia romana de las existentes con anterioridad a las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad en el siglo XX.

Y lo es, más allá de la discutible interpretación de los restos hallados que contiene (Ribera, 1998), por el minucioso inventario de los mismos que realiza del Olmo. Su formación humanística, elogiada por José Zaragoza en los créditos de la obra, le permitió recopilar multitud de informaciones que hacían referencia al origen de tales muestras. Más de doscientos autores son citados por este motivo a lo largo de la *Lithologia*, en un alarde que incluye a filólogos, historiadores y geógrafos y cubre un abanico temporal que va desde la antigüedad clásica hasta el siglo XVII. Como afirma en algún momento, esto se debe a que del Olmo, lejos de contentarse con las explicaciones de los autores *modernos*, apoya sus afirmaciones en la “autoridad de los antiguos”. Sólo cuando advierte que tales fuentes no le alcanzan se atreve a aventurar ideas propias. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando trata de un mármol dedicado al dios Asclepio y afirma que ha “procurado vencer con el trabajo y el desvelo estas dificultades antes de lanzarse a conjeturas para discurrir sobre su antigüedad”. El respeto hacia los autores clásicos es mayúsculo a lo largo de toda la obra, lo que le lleva a criticar a aquellos otros, más cercanos en el tiempo, que “adelgazando el pensamiento” habían formulado interpretaciones poco fundadas.

Es al tratar con estos últimos cuando del Olmo se siente más libre, recoge las controversias existentes entre ellos y se inclina en un sentido u otro. Así, coincide con Francisco Diago (*Anales del Reyno de Valencia*, 1613) frente a Gaspar Escolano (*Décadas de la historia...*, 1610-1611) a la hora de interpretar la inscripción *Valentini Veterani et Veteres*, origen de la discusión sobre la posible llegada fundacional de dos comunidades de ciudadanos a Valencia (capítulo VII) y, en cambio, critica al primero y a Ambrosio de Morales (*Cronica General de España*, 1578) y se alinea con Escolano al tratar de la dignidad de *Sevir Augustal* (cargo responsable del cuidado de las calles y de los caminos públicos de la ciudad) (capítulo XI). Del mismo modo, actúa con plena libertad al tratar las dudas filológicas planteadas por las lápidas descubiertas. No sólo se permite una auténtica digresión sobre la antigüedad del latín (capítulo IV), sino que, además de traducirlas, llega a completar algunas inscripciones borradas por el tiempo y a corregir su ortografía. El tono más personal, no obstante, se advierte en las contadas ocasiones en que del Olmo alude a estudios que le eran propios. Así se sustancia cuando, al recoger la latitud geográfica de la ciudad de Valencia, afirma haber realizado observaciones directas (¿al lado de José Zaragoza?) que corregían los datos conocidos hasta entonces o cuando, al tratar del uso de las estatuas por los gentiles, se desvive por mostrar su interés en este campo.

La *Lithologia* de del Olmo apenas ofrece noticias de actualidad, más allá de la historia del culto a la Virgen de los Desamparados y el inicio de las obras de la nueva capilla (ca-

¹⁹ La edición de la *Lithologia* fue subvencionada con un total de cincuenta libras valencianas por el ayuntamiento de Valencia. AHMV, MC, 1652-1653, 30/V/1653.

pítulo II). El máximo interés para nosotros reside en el capítulo I, dedicado a la situación y a la antigüedad de la ciudad de Valencia. Si en el segundo de estos aspectos del Olmo se limita a seguir los relatos fantásticos de Pedro Antonio Beuter (*Primera part de la Història de València*, 1538; *Segunda parte de la Crónica General de España*, 1546) y Francisco Diago, en el primero de ellos se obliga a contrastar las informaciones de los geógrafos antiguos con las tablas que traen los más modernos. Así, junto a autores españoles como Juan de Mariana (*Historia de rebus Hispaniae*, 1592), Pedro de Medina (*Grandezas y cosas notables de España*, 1595) o Ginés de Rocamora (*Sphera del Universo*, 1599), aparecen citados el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Oertel (1570), el *Atlas Novus* de Gerard Mercator (1638) y, sobre todo, la *Parallela Geographiae* de Philippe Briet (1648). Según confiesa, para la comprobación de las coordenadas geográficas de la ciudad (39°, 37' N; 20° E desde Cabo Verde) del Olmo había consultado “todos los globos, planisferios, y mapas del orbe, y particulares de Europa, España y Valencia”.

Este interés por la geografía, entendida como una rama de las ciencias matemáticas mixtas, habría de ocupar los últimos años de la vida intelectual de nuestro autor. Sin embargo, antes encauzaría sus inquietudes literarias aprovechando el contexto de las fiestas públicas celebradas en Valencia en la segunda mitad del siglo XVII (Carreres, 1949; Pedraza, 1982). Estas fiestas, convocadas por motivos tan diversos como la culminación de un proceso de canonización o de beatificación, la llegada de las reliquias de algún santo a la ciudad, el nacimiento o la boda de un miembro de la familia real, la entrada de un nuevo virrey o la exaltación de la Inmaculada Concepción, constituían un marco inigualable para la síntesis de todas las artes que propugnaba el Barroco. Las calles se adornaban con altares, arcos de triunfo, iluminarias diversas, guirnaldas, tramoyas, etc. y acababan por convertirse en un escenario vivo por el que deambulaban tanto las autoridades políticas y religiosas como el común de los habitantes de la ciudad. Esta arquitectura efímera solía adornarse con alegorías, pinturas, esculturas, poemas y emblemas o jeroglíficos con alusiones a los motivos de la celebración, lo que la convertía en un incomparable medio de propaganda ideológica (Mínguez, 1997). Al tiempo, se convocaban justas poéticas que solían celebrarse en la catedral con la asistencia de la nobleza y de todos los cargos públicos y constituían una suerte de concurso en el que se premiaban, en sucesivos combates literarios, el ingenio, la habilidad y la sutileza a la hora de glosar el tema del llamamiento (Mas, 1996). La conjunción de imágenes y palabras propia de tales festejos debió de resultarle irresistible a del Olmo, que se imbuyó sin ambages en este ambiente llegando a ser uno de los poetas más galardonados y el mejor representante de la emblemática festiva de la época.

El jeroglífico más antiguo de los suyos del que tenemos noticia fue el que realizó en 1659 con motivo de las fiestas por la canonización de Santo Tomás de Villanueva, que coincidieron con la llegada a la ciudad de Martín López de Hontiveros, nuevo arzobispo de Valencia (Ortí, 1659). Se trató de un jeroglífico múltiple que medía catorce palmos de alto por diez de ancho (3,17 x 2,26 m., aproximadamente) y que acompañaba al arco triunfal construido para la ocasión junto a la puerta de los Apóstoles de la catedral [figura 1]. Estaba formado por un círculo mayor que contenía siete círculos menores que, a su vez, constituían el cuerpo de otros tantos jeroglíficos e iban acompañados de sus respectivos lemas y de letras alusivas a las cualidades del santo (elocuencia, vigilancia, virtud, disciplina, guía espiritual, conocimiento y distinción). El significado del conjunto aparecía resumido en el lema y la letra del círculo mayor, mientras que los elementos emblemá-

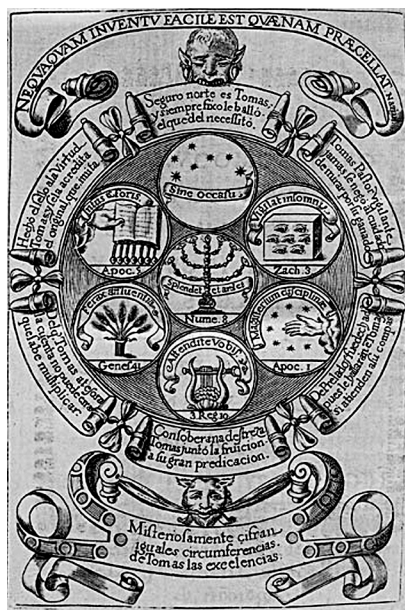


Figura 1



Figura 2

ticos incluidos en los círculos menores aparecían multiplicados por siete (siete ojos, la lira de siete cuerdas de Orfeo, siete estrellas, la menorah de siete brazos, el libro apocalíptico de los siete sellos y el árbol de la creación con sus siete ramas o sephiroth inferiores)²⁰. Este jeroglífico fue glosado por el arzobispo de Tarragona en un sermón que pronunció durante las fiestas en el convento de Nuestra Señora del Socorro (Sanchis, 1659), y constituye un ejemplo paradigmático de cómo a partir del arte de la emblemática se construían prototipos modélicos (en este caso de prelado) al servicio del poder establecido.

A este primer jeroglífico le siguieron, que sepamos, otros tres. En 1665, con motivo de las fiestas inmaculistas convocadas por el virrey de Valencia (el marqués de Astorga), José Vicente del Olmo presentó a concurso otro jeroglífico en el que se mostraba cómo los rayos solares (la pureza y la gracia de María), al reflejarse en el mar, se proyectaban sobre un murciélago que lo sobrevolaba y representaba a la ciudad de Valencia (Torre, 1665) [figura 2]. El primer instante de la concepción inmaculada de María deponía las sombras de la noche y las antiguas dudas, en un jeroglífico que mereció el primer premio del séptimo combate de la fiesta (una lámina de la Virgen). Poco después, en 1667, la fiesta por la inauguración de la nueva capilla de la Virgen de los Desamparados fue acompañada de un nuevo torneo de jeroglíficos, igualmente ganado por José Vicente del Olmo, que obtuvo como premio un aguamanil de plata y vio cómo el suyo pasó a adornar, durante un tiem-

²⁰ El siete es un número de resonancias mágicas que representa la suma del cielo y de la tierra, así como la perfección espiritual, por influencia del modelo celeste de las siete esferas. Su uso en las Escrituras, y particularmente en el Apocalipsis, es continuo.

po, el atrio de dicha capilla. Siguiendo el modelo del jeroglífico múltiple de 1659, el emblema mayor contenía una fortaleza estrellada con seis baluartes puntiagudos en los que el cuerpo estaba formado por un águila, un fénix, un enjambre de abejas, un rebaño de corderos, el alzado de la nueva capilla y la cruz como divisa de la Virgen. Los lemas relativos a estos baluartes hacían referencia, respectivamente, al virrey (el marqués de Leganés), los valencianos, los niños inocentes y desamparados, los hallazgos arqueológicos descritos por del Olmo en la *Lithologia*, y el rey Carlos II y su madre, la regente Mariana (Torre, 1668). Además del concurso de jeroglíficos, en esta fiesta también se convocaron siete combates literarios, el último de cuales atrajo la atención de nuestro autor, que presentó un romance que participaba de todas las características propias de la época (gusto por la antigüedad greco-latina, juegos metafóricos, perífrasis verbales, alusiones adjetivales e hiperbólicas, etc.). Finalmente, en 1668, la última justa con participación de José Vicente del Olmo se produjo con motivo de la fiesta celebrada en el convento del Remedio para la declaración de antigua santidad de San Juan de Mata y San Félix de Valois. En el tercer combate, dedicado a los jeroglíficos, obtuvo de nuevo el primer premio, consistente en esta ocasión en una pila de plata. El emblema estaba presidido por el signo de Géminis sobre una tiara solar, que representaban, respectivamente, a los santos canonizados y al papa Alejandro VII; el templo sobre el que flotaban estos símbolos era una alegoría de la basílica de San Pedro y la cruz trinitaria que salía de él en dirección al arco iris, una referencia directa a la orden que había organizado el festejo (Rodríguez, 1669).

Al margen de las fiestas públicas de la época, José Vicente del Olmo también participó del academicismo preilustrado. Como es sabido, en la Valencia de finales del siglo XVII las tertulias y las academias reunidas en torno a determinados mecenas ocuparon el vacío dejado por una universidad en crisis y prepararon el camino hacia el movimiento de renovación científica conocido, despectivamente en su época, como *novator* (Álvarez, 1993). Estas academias comenzaron siendo literarias y de ocasión y acabaron convirtiéndose, tras un proceso de transición en el que los temas científicos y filosóficos fueron introduciéndose lentamente en sus sesiones, en ordinarias e institucionalizadas. En este proceso hay que referirse nuevamente al padre José Zaragoza, quien en la década de 1660 compaginó la docencia en el colegio de San Pablo con las investigaciones y las clases privadas que impartía a alumnos como el marqués de Leganés, Félix Falcó, Enrique de Miranda, Francisco Serrano y el propio del Olmo. En compañía de estos alumnos y con instrumentos de construcción propia realizaría observaciones astronómicas como las que tuvieron por objeto los cometas de 1664 y 1667. Este tipo de iniciativas acabaron germinando en la Academia del Alcázar, la primera de las reunidas en la ciudad de Valencia que contó con reuniones semanales y un sistema jerárquico de cargos. Aunque se cree que inició sus sesiones en 1670, no se ha documentado la convocatoria de las mismas hasta 1681, año en el que se produjo el homenaje póstumo a Calderón de la Barca ya mencionado. En la publicación que lo recogía, José Vicente del Olmo aparece citado como académico junto al marqués de Villatorcas, Antonio Olginat, Paulino Planes, Vicente Falcó, Antonio Milán, José Colona, el doctor Soria y mosén Gregorio Roca.

La Academia del Alcázar, sin duda la más importante del siglo XVII en Valencia, continuaba siendo esencialmente literaria, ya que en ella solían celebrarse recitales poéticos y representaciones teatrales. Sin embargo, al recoger los presupuestos poshumanistas de la Academia de los Nocturnos, abrió el camino hacia las academias científicas. Una de ellas fue la Academia de los Desamparados-San José o del Obispo, creada en 1685, que presi-

día el conde de la Alcudía y que, en ocasiones, se reunía en el domicilio de los Falcó. Se sabe que en sus reuniones se trataban cuestiones relativas a la esfera (sobre la que disertaba del Olmo), la perspectiva, los meteoros, la filosofía natural, etc. y también que durante las mismas se realizaron observaciones de eclipses, cometas y otros fenómenos astronómicos. Heredera directa suya fue la Academia Matemática que entre 1687 y 1690 se reunió, sucesivamente, en la casa de Baltasar de Íñigo y en el Palacio Real, y a la que asistía Juan Bautista Corachán, futuro catedrático de matemáticas en la Universidad de Valencia. Esta academia está considerada como el núcleo del movimiento *novator* en lo relativo a las ciencias físico-matemáticas y es muy probable que contara con la participación de José Vicente del Olmo. De hecho, se conserva una carta de Corachán, dirigida en esas fechas al jesuita Francisco Petrei, profesor del Colegio Imperial de Madrid, en la que afirmaba estar instruyendo “a un Señor Inquisidor que emplea útilmente sus ratos de ocio en cultivar las Matemáticas” (Navarro, 1985, 51-52). Todo hace pensar que se estaba refiriendo a del Olmo.

El desarrollo de estas academias científicas no supuso la desaparición inmediata de las literarias. Una de las últimas, la dedicada a la condesa de Peñalba que tuvo lugar en el Palacio Real en 1685, también contó con la intervención de José Vicente del Olmo (Academia, 1685). En esta academia de ocasión, del grupo de las azarzucladas y teatralizadas, se propusieron una veintena de asuntos en torno al tema del amor que fueron abordados por otros tantos poetas. Del Olmo presentó, en un ambiente parateatral, un romance endecasílabo sobre las deidades de la antigüedad y las fiestas paganas que dieron origen a los carnavales que se estaban celebrando en ese momento (la academia tuvo lugar el 5 de febrero)²¹. Desde entonces y hasta su muerte en 1696 se celebraron otras tres academias literarias en Valencia: la de Nuestra Señora de los Desamparados-San Javier (1690), la que se celebró en casa de Martín Valonga (1695) y la dedicada a San Nicolás de Bari (1695). Sin embargo, no nos consta que José Vicente del Olmo participara en alguna de ellas.

4. EL ORBE INMÓVIL DE LA TIERRA

La obra cumbre de José Vicente del Olmo fue, con todo, la *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra* (1681), un tratado de geografía sin igual en la España del siglo XVII [figura 3]. Cuando lo escribió, esta disciplina estaba considerada como una de las ramas de las ciencias físico-matemáticas o matemáticas mixtas, debido a la influencia que ejerció, en la Europa moderna, la *Geographia* de Claudio Ptolomeo tras su traducción al latín en 1410²². Textos de gran repercusión como el *Cosmographicus Liber* de Pedro Apiano (1524) siguieron su estela e instituyeron una geografía astronómica basada en la recopilación de topónimos con su correspondiente localización geográfica. Con todo, esta pauta no consiguió desterrar de la geografía los contenidos histórico-descriptivos asociados tradicionalmente con ella. La línea enciclopédica pervivió en obras como la *Cosmographia*

²¹ El poema llevaba por título *Qual de las deidades que celebró la Antigüedad será más propia para auxiliar de las Carnestolendas*.

²² Esta primera edición fue realizada por Giacomo d'Angelo en Florencia y a ella le siguieron otras muchas, destacando las dos en las que participó Miguel Servet (Lyon, 1535 y 1541).



Figura 3

(1544) de Sebastián Münster y obligó a intentos de síntesis como la *Summa de Geographia* (1519) de Martín Fernández de Enciso, donde se inauguró un esquema que estaría vigente hasta el siglo XVIII: una primera parte en la estela de Ptolomeo y una segunda descriptiva, mucho más amplia, en la que se tocaban aspectos muy variados de las regiones estudiadas (extensión, naturaleza y productos, historia, costumbres, división política, etc.). Entre los autores próximos a del Olmo que utilizaron este esquema se encontraban Felipe Clüver (*Introductio in Universam Geographiam*, 1624) y Philippe Briet (*Parallella Geographiae*, 1648).

Por *Geografía* se entendía, pues, la rama matemática que se ocupaba de la localización, la descripción y la representación cartográfica de cualquier punto de la superficie terrestre. De acuerdo con una clasificación común, se subdividía en Corografía y Topografía (según la escala, regional o local, del espacio estudiado) y, en conjunto, trataba de los siguientes aspectos:

- a) Propiedades de la Tierra.
- b) Localización.
- c) Partes interiores de la Tierra.
- d) Fábrica de globos y mapas.
- e) Descripción natural.
- f) División Política

La mayoría de estos contenidos fueron sistematizados por Bernhard Varenius en su *Geographia Generalis* (1650), sin duda la obra más renovadora de toda la Edad Moderna en este campo. En ella sólo faltaban el último, que correspondía a la geografía especial (o descriptiva) que este autor dejó esbozada pero no redactó al sobrevenirle la muerte en 1651, y el referido al mundo interior, punto que la mayoría de los autores incluyeron a partir del *Mundus Subterraneus* (1665) del jesuita Atanasio Kircher. A la parte absoluta de la *Geographia Generalis* le competía el estudio de las propiedades de la Tierra y su descripción natural; a la comparativa y la relativa, el de la localización geográfica y las técnicas cartográficas. No obstante, el declarado copernicanismo de Varenius hizo que la repercusión de sus ideas y del tratamiento que dio a las cuestiones geográficas fuera escasa (o fuera ocultada) en los países católicos de Europa. A España llegó de manera indirecta a través de obras como la *Geographie et hydrographie reformatae* (1661) de Giovanni Battista Riccioli, un texto de cabecera para del Olmo.

La *Nueva Descripción* de José Vicente del Olmo, escrita en plena madurez intelectual, se enmarca perfectamente en estas corrientes de la ciencia geográfica europea. El intento de atender con detalle todos los apartados anteriores da como resultado un tratado mastodóntico de más de seiscientas páginas, en el que el estilo apuntado en la *Lithologia* es llevado por del Olmo a sus últimas consecuencias: profusión de citas, respeto reverencial hacia el mundo clásico, gustos literarios puestos al servicio de una erudición excesiva que pretende ser amena y discurso ideológico marcado por la condición religiosa del autor. En sí mismo, este tratado es un ejemplo de la polimatía propia de la geografía del Barroco y una exégesis literaria en la que son citados cerca de setecientos autores. La razón de esta profusión de citas es explicitada por del Olmo en las páginas previas dedicadas al lector, donde, tras criticar el “áspero y desapacible método y magisterio” de la Geografía, que la convierten en una materia intrincada, tediosa e “incapaz de elegancia alguna”, muy difícil de “reducir a reglas y preceptos”, se compromete a hacer amena la lectura con la introducción de noticias, narraciones exóticas y “flores de buenas letras”. Sigue para ello el modelo creado por Gayo Julio Solino, un autor reverenciado durante la Edad Media gracias a su *Collectanea rerum memorabilium*, una obra deudora de la *Historia Natural* de Plinio.

Esta vasta erudición busca suplir la cortedad e insuficiencia que del Olmo confiesa haber sentido a la hora de abordar la obra “por no ser asunto de ingenio y agudeza” y queda acreditada de inmediato en los elogios que contienen las censuras previas, firmadas por Melchor Fuster (catedrático de Filosofía y Teología en la Universidad de Valencia) y Diego Antonio de Barrientos (cronista de la orden de los agustinos en el Real de Toledo)²³. El segundo de ellos, menos comedido que el primero, llega a comparar la *Nueva Descripción* con el *Theatrum* de Ortelio y a afirmar que Ptolomeo “deveria envanezarse de ver aquí enmendado su Almagesto”. En su opinión, la erudita pluma de del Olmo consigue dotar de claridad y dar forma a la mejor geografía a partir de lo que dijeron “otros muchos”. Las citas continuadas, extenuantes, consiguen ocultar que, en realidad, no fueron tantos los autores consultados directamente por del Olmo. Todo el edificio de esta obra se sostiene sobre poco más de una docena de ellos: los *antiguos* Solino, Ptolomeo, Mela, Plinio y San Isidoro, los *próximos* Mut, Zaragoza y Caramuel, y los *modernos* Ortelio, Briet, Riccioli, Cluver y Kircher. Como se advirtió hace tiempo, del Olmo alude a una cantidad ingente

²³ La censura de Fuster está datada en 1674 y la de Barrientos en 1675, lo que viene a demostrar que la obra estaba terminada con anterioridad a 1681.

de textos que sólo conocía por referencias indirectas (Capel, 1982, 24). El propio del Olmo, en un alarde de honestidad, reconoce en las páginas dedicadas al lector la influencia directa de Briet y Riccioli y sólo se vanagloria de haber reducido al castellano “lo mas selecto de la Geographia”. Por este motivo, en el primer capítulo se obliga a incluir una lista con todos los geógrafos conocidos desde el siglo VII a. C. y a detenerse en los cuarenta y ocho de los siglos XVI y XVII que consideraba “dignos de eterna memoria” (entre ellos, Mercator, Ortelio, distintos miembros de las familias Blaew y Hondius, Cluver, Briet, Riccioli y Kircher, pero no Vareño). Da la sensación de que, una vez cumplida la obligada cita de los clásicos, del Olmo se apresura a elogiar a aquellos autores de los que bebe directamente y entre quienes quisiera ser recordado.

Lo que sigue a continuación son cincuenta y un capítulos inabarcables y agotadores, que pueden agruparse de la siguiente manera: Propiedades de la Tierra (II-VIII), Medidas (IX-XIII), Términos Geográficos (XIV-XXVIII), Hidrografía (XXIX-XXXII), Cartografía (XXXIII-XLI), Geografía Descriptiva (XLII-LI) y Curiosidades (LII). Hagamos un rápido resumen de la ingente información que contienen²⁴.

a) Propiedades de la Tierra

Para del Olmo no hay ninguna duda de que “el Orbe se reputa por centro immobil, y fixo de todo el Universo”, una idea que se apresura a exponer en la dedicatoria a Carlos II con la que se inicia la obra. Frente al supuesto copernicanismo *oculto* de su maestro, el jesuita José Zaragoza, nuestro autor defiende en todo momento la doctrina de la iglesia católica. Así, recoge numerosas pruebas en favor de la teoría geocéntrica extraídas de los clásicos y, al tratar de la estabilidad de la Tierra, se muestra claramente anticopernicano. Tras distinguir entre los movimientos terrestres debidos a los terremotos y a la trepidación (cualquier mutación en la superficie de la Tierra), el diurno y el *annuo*, rechaza estos dos últimos atendiendo a la condena de las opiniones de Copérnico por parte de la Inquisición y a las resoluciones del concilio de Trento. En concreto, alude al índice de libros prohibidos y a las disposiciones de Pablo V (1616) y Urbano VIII (1633), antes de afirmar que la idea de la estabilidad del Sol es “formalmente heretica, como contraria, y opuesta à la Sagrada Escritura”. Después de recoger varias citas bíblicas para demostrar la estabilidad de la Tierra, rechaza igualmente los movimientos de declinación y de libración defendidos por Copérnico y se hace eco de la abjuración de Galileo en Roma y de la sentencia inquisitorial del 22 de junio de 1633, “con que se asienta por verdad infalible, y en que no puede haver duda ni controversia la estabilidad, y firmeza del Orbe de la Tierra”.

Del Olmo defiende a continuación la esfericidad de la Tierra, a partir del supuesto de que la esfera es la forma geométrica más perfecta²⁵. En su opinión, tierra y agua forman una sola superficie convexa, de ahí que, desde el punto de vista geográfico (aunque no desde el geométrico), “este Globo sea redondo, circular y espherico”. Tras recoger las distintas formas dadas a la Tierra y atribuir a Parménides y Tales de Mileto la originalidad de

²⁴ Omito las citas directas con paginación y me remito a los capítulos que contienen cada apartado.

²⁵ Esta es una idea recurrente en la cultura occidental, que tiene su origen en el *Fedón* de Platón. La esfera, aplicada a la imagen de la Tierra, permite una concepción estética basada en la simetría que se aviene bien con la división del planeta en zonas concéntricas o climas.

esta idea, vuelve a remitirse a las Escrituras para confirmarla sin que quepa la menor duda. Más tarde, al tratar de las cavilaciones sobre la profundidad del mar y desacreditar las mediciones realizadas por Acosta y Pigaffeta en el Pacífico, establece la existencia de una correlación directa entre dicha profundidad y la altura de los montes que resulta de una nivelación perfecta entre la tierra y los mares que la envuelven. Frente a la opinión de San Juan Damasceno, para quien la perfección del globo se perdió con el surgimiento de las montañas, recoge la afirmación de Riccioli de que la Tierra responde a un arquetipo ideado por Dios desde el principio de la Creación. Este arquetipo dispone los montes y los mares de tal forma que los centros terrestres de magnitud y de gravedad distan poco entre sí. Del Olmo se detiene en las pruebas que demuestran este equilibrio y su relación con la gravedad terrestre, antes de centrarse en la armonía del cuerpo humano, un auténtico microcosmos para los pensadores modernos (Rico, 1986).

Al tratar de las partes de la Tierra, se hace eco de la división establecida por Juan Bautista Morino (suprema, media e ínfima, siendo esta última el lugar del infierno), así como de la distinción hecha por Jacobo Gaffarello de las cavernas subterráneas (divinas –angélicas, eclesiásticas, catacumbas, purgativas, diabólicas e infernales–, humanas, brutales, naturales y artificiales)²⁶. Para la explicación de las naturales recurre a Kircher, quien las clasifica en hidro/piro/aerofilacios y atribuye la formación de los metales a los vapores y exhalaciones sulfurosas, saladas y mercuriales (origen, respectivamente, de lo ígneo y aéreo, lo terrestre, y lo húmedo) provenientes de un “jugo pingue y salado” convertido en vapor por el fuego subterráneo que se concentra en algunas cavidades (Capel, 1980). Del Olmo sigue a Trimarchi en la atribución del origen de los terremotos al intento de estas exhalaciones calientes y secas de salir a la superficie y remite, para más información acerca de las partes subterráneas de la Tierra a otros autores como Antonio Bosio o Pablo Aringho. Asimismo, distingue entre las venas metálicas naturales, artificiales y casuales, y se hace eco del hallazgo de fósiles y animales vivos (!) en el interior de las rocas. En su opinión, los primeros se petrificaron a causa de un jugo compuesto de nitro, alumbre, vitriolo y sales.

Por último, duda de las dimensiones dadas a los mares del Sur en los mapas y toma de Nonio Marcelo la idea de que es mayor la porción de tierra que de agua en el planeta. Según recoge, esta proposición fue confirmada por Riccioli, para quien la proporción entre ambas era de 40/25, y el libro de Esdras (Antiguo Testamento), donde se habla de que en origen sólo 1/7 parte del planeta era agua y luego fue aumentada con “la mutacion, que padecio la superficie del globo terraqueo en el universal diluvio”. También apela a Riccioli al abordar el tema de la grandeza de la Tierra y acaba afirmando que, a pesar de su pequeño tamaño, en ella podrían haber “todos los hombres que Dios ha criado”.

b) Medidas

Del Olmo se detiene aquí en las antiguas medidas romanas, griegas, hebreas y árabes, así como en las disonancias existentes entre ellas, aludiendo a un conjunto de autores entre los que destacan Riccioli, Estosterino, Jansonius-Hondius, Villalpando, González de

²⁶ La descripción del mundo subterráneo, de las consideradas regiones infernales (o Hades), fue iniciada por los pensadores griegos. Se trataba de un reino subterráneo limitado por el río Estigia en el que se encontraba una prisión circundada por muros (o Tártaro).

Mendoza, Mut y Caramuel. También atiende a la variedad en las medidas que le eran más próximas, prestando especial atención a las propias del reino de Valencia. En este apartado, se refiere a la vara de hierro depositada en el tribunal del Almotacén de Valencia, hecha a instancia de Jaume I, y a la soga que mencionan los Fueros como unidad de medición de los campos (Rúbrica 38), y establece sus equivalencias con las medidas del resto de España y de Europa siguiendo a Mut y Esquivel. Concluye atribuyendo a la vara valenciana una utilidad “que no tiene ninguna otra de las medidas del Orbe”. A continuación, explica las reglas geométricas para el cálculo del diámetro, la circunferencia y el área de un círculo, y el volumen y la superficie de una esfera y las aplica al globo terrestre. Recoge las opiniones al respecto de Aristóteles, Hiparco, Eratóstenes, Posidonio, Ptolomeo, Cluver, Riccioli y Briet, coincidiendo con este último en que la circunferencia de la Tierra es de 172800 estadios o 21600 millas, a razón de 60 millas por grado. Por último, copia las tablas recopiladas por Cluver y Riccioli sobre qué distancias puede alcanzar la vista en las superficies del mar y de la tierra.

c) Términos geográficos

Estamos ante un tratado clásico de la esfera que viene precedido por un listado de definiciones genéricas de elementos geográficos, tanto físicos (continente, isla, península, istmo, etc.) como políticos (territorio, ciudad, provincia, etc.). En él se habla del eje terrestre, los polos, los círculos (mayores y menores; rectos y oblicuos), la clasificación de la esfera en función de la posición de tales círculos (recta, oblicua, paralela), la distinción entre horizonte racional y horizonte aparente, las zonas de la Tierra determinadas por los círculos menores (una tórrida, dos templadas y dos frías), los climas propios e impropios, etc. Incluye una serie de cálculos sobre diferencias horarias marcadas por los meridianos y una tabla con la distancia dada a los trópicos por distintos autores. Del Olmo reconoce que existen zonas con tierras desconocidas, pero afirma que incluso éstas son habitables, ya que “Dios dispuso con providencia el temple de todas las Regiones de la Tierra”, y distingue un total de 24 climas propios en cada hemisferio (uno entre cada dos paralelos, para un total de 49 incluyendo el Ecuador; los climas impropios son los que corresponden a las zonas polares)²⁷.

La atención prestada al tiempo cronológico da lugar a una larguísima digresión en la que del Olmo atiende a la distinta duración de los días en función de la época del año y la latitud, define el crepúsculo y se detiene en su dependencia de la oblicuidad de la esfera (con tabla obtenida de Riccioli), se decanta por el año solar frente al año vertente (basado en el curso de todos los astros y planetas)²⁸, recopila varios calendarios antiguos, divide el año solar en astronómico, eclesiástico y civil, se pregunta por el origen de los años bisieptos y la regla para saber si un año lo es, habla del año lunar, define la epacta siguiendo a Cluver (once días de más del año solar respecto del lunar; sirve para calcular la pascua), distingue entre el día natural y el artificial, etc. Sin duda, el punto más interesante de este

²⁷ En este punto se separa de los autores clásicos. Así, Ptolomeo distinguió 21 climas en el hemisferio norte, Estrabón los redujo a 9, Plinio dividió la Tierra conocida en su época (hasta los 46° N.) en 7 segmentos y 3 zonas yermas, etc.

²⁸ Para conocer las combinaciones que ofrece el año vertente (infinitas, pues es un año interminable), remite a la *Arithmetica* de José Zaragoza, a quien califica de “Euclides valenciano”.

apartado reside en las cavilaciones en las que se sumerge del Olmo en torno a la forma de medir el tiempo. Tras repasar los relojes antiguos conocidos, se detiene en la propuesta formulada por José Zaragoza a partir de la *décima* como unidad de tiempo (el día tendría un millón de décimas)²⁹, introduce cálculos que incluyen observaciones propias y acaba reconociendo, con Riccioli, que el medio más seguro de medición es el péndulo y sus oscilaciones. Tras describir sus partes y dar instrucciones para construir uno, del Olmo se embarca en una discusión erudita sobre la cronología del mundo en la que sigue a Egidio Strauchio (*Ephemerides Eroditorun*, 1666). En ella, diferencia entre ciclos, periodos y eras antes de concluir que el primer año del mundo fue el 731 del periodo juliano. Según este cálculo, Cristo nació en el año 4714 del periodo juliano, en el 3983 de la creación, a los 2328 del Diluvio, etc.

Las posiciones relativas sobre la esfera dan pie a que del Olmo recoja los nombres de los pueblos según sean su sombra al mediodía (amphicios, heteroscios, periscios, ascios, macroscios o brachiscios y anticios) y sus habitantes (periecos o sinecos, antecos y antípodas o antichthones), que aparecen clasificados en 13 clases de acuerdo con la zona que habitan. Sigue una discusión inane sobre las posiciones inferior-superior, anterior-posterior y su aplicación al globo y a los mapas geográficos, como preámbulo de las definiciones de latitud y longitud geográficas. En este campo recoge las distintas posiciones dadas al meridiano cero y da ejemplos de cómo hallar la latitud de un punto a partir de la altura del Sol y de las tablas de declinación³⁰. Para el cálculo de la longitud alude a la propuesta de Christian Huyghens de uso del péndulo (*Horologium Oscillatorium*, 1673), aunque acaba rechazándola siguiendo a Kircher. Incluye a continuación una relación con las coordenadas de distintas regiones y ciudades, y se decanta, a la hora de calcular la distancia entre dos de estas últimas, por el método trigonométrico expuesto por Zaragoza. Siguen tablas para la conversión a leguas y pasos de las distancias averiguadas en grados de longitud y latitud.

Del Olmo finaliza este apartado distinguiendo entre aire y viento, dependiendo de si su origen se encuentra, respectivamente, en las exhalaciones subterráneas (según Ambrosio Marliano), o en la capa que queda por encima de las nubes (de acuerdo con Verulamio). Habla de siete tipos de vientos, que toma de Kircher (comunes o perennes, propios o periódicos, aniversarios, inusitados o extemporáneos, repentinos, prodigiosos y artificiales) y recoge los distintos nombres que les fueron dados por los autores clásicos. Concluye con la división del horizonte en 32 partes iguales de 11° 15', que coinciden con los 32 vientos (E, NE, SE, etc.) que aparecen habitualmente en la rosa de vientos de los mapas y cartas de navegar.

d) Hidrografía

Los capítulos dedicados a las aguas se inician con una disertación acerca del magnetismo terrestre. Así, del Olmo nos habla de la fábrica de la aguja de navegar (cuyo descubrimiento atribuye a Joan Giras, 1302), de las características de la piedra-imán y de sus

²⁹ Según afirma del Olmo, esta propuesta aparecía en una obra de José Zaragoza, titulada *Astronomia Decimalis*, que él poseía y que quedó manuscrita.

³⁰ Habla de cálculos propios destinados a conocer la latitud de Valencia, que corrige respecto a la dada en la *Lithologia*: 39°, 34° N, frente a los 39°, 37° N estimados entonces.

propiedades según Cabeo, Kircher y Cluver. Para del Olmo, todos los cuerpos y partes de la Tierra (que es homogénea) tienen sus mismas cualidades; todos poseen puntos de iguales/opuestas fuerzas (polos), lo que justifica la inmovilidad del globo y la atracción magnética. A continuación, detalla sus experiencias para comprobar la diferente atracción del imán sobre el hierro y el acero, da instrucciones para la construcción de las agujas magnéticas y recopila noticias históricas sobre el conocimiento del imán. Además, del Olmo recoge las teorías acerca de la declinación magnética de Nieremberg, Gilberto y Kircher, así como las tablas de declinación incluidas en el *Atlas Maior* de Janssonius (1657). Por último, rechaza, con Pedro de Medina, la posibilidad de utilizar dichas tablas para calcular las coordenadas geográficas.

Seguidamente, del Olmo se hace eco de la concepción geomorfológica neptunista y llega a afirmar que “antes que Dios en el principio del Mundo dividiera las aguas, cubrían toda la tierra en forma de una niebla muy rara, y despues condensada quedò reduzida à menor espacio”. Los movimientos del mar los clasifica en función de las coordenadas geográficas y la profundidad: los de dirección E-W los atribuye a la atracción del Sol sobre los vapores del agua; los de dirección N-S, a la violencia de los ríos en su desembocadura; los que se producen en profundidad, en fin, a las mareas. Al tratar de estas últimas, se detiene en explicar en qué mares son más frecuentes, su duración y su relación con la influencia lunar. Rechaza las ideas al respecto de Galileo, así como las de Arconcio. Sigue a Kircher al hablar de la simpatía existente entre la Tierra y la Luna gracias a una cualidad nitrosa, salina y flatuosa emanada desde la segunda de ellas y al atribuir el origen del carácter salado del agua del mar a las exhalaciones elevadas por el Sol en forma de vapor. Termina recogiendo las razones dadas por San Isidoro para explicar por qué el mar no se desborda a pesar de recibir las aguas de numerosos ríos, las disertaciones sobre el color aparente del mar, la imposibilidad de establecer el número de especies marinas y la distinción entre mares internos (los del Mediterráneo) y externos. Divide estos últimos según los puntos cardinales (Atlántico, Índico, Ártico, mar de China, con sus subdivisiones particulares) y el Mediterráneo en diestro (África) y siniestro (Europa)³¹.

e) Cartografía

Los nueve capítulos que del Olmo destinó a la construcción y el uso de mapas y planos constituyen un tratado teórico que no fue superado a lo largo de todo el siglo XVIII en España. En ellos analiza las distintas proyecciones cartográficas conocidas en su época, deteniéndose en primer lugar en la obra de Claudio Ptolomeo, quien le era cercano gracias a los comentarios que acompañaban a las diversas traducciones de su *Geografía* que se realizaron en Italia a partir de 1475. Es el caso de los redactados por Federico Commandino, Joseph Moles y Giovanni Antonio Magini. Siguiendo estos comentarios, del Olmo describe dos tipos de proyecciones: la original de Hiparco que fue perfeccionada por Ptolomeo y se convirtió en un antecedente directo de las proyecciones cónicas al incluir meridianos

³¹ Hasta la circunnavegación del cabo de Buena Esperanza se distinguía entre océano y mares interiores, ya que el primero, que rodeaba el disco de la Tierra, se consideraba innavegable. Al otro lado del océano se encontraba el Paraíso y en él la fuente de la que, según San Isidoro, provenían los cuatro ríos que regaban el mundo.

concurrentes y paralelos representados como circunferencias concéntricas equidistantes, y la innovación posterior que supuso la delineación de estos últimos en su verdadera dimensión acompañados de meridianos irregularmente curvos dispuestos en abanico, de manera semejante a como sería desarrollada más tarde por Rigobert Bonne. Estos dos sistemas no fueron superados como fórmula de representación de la superficie terrestre hasta el siglo XVIII, motivo por el que del Olmo alude a ellos de forma repetida al presentar los ideados en los siglos XVI y XVII.

Varios de estos últimos eran conocidos por del Olmo gracias a lecturas indirectas. Así, la proyección azimutal equidistante de Guillermo Postel (*De orbis terrae concordia*, 1544) y la ortográfica transversa de André Thévet (*Mapa Geographico*, 1587) le eran familiares gracias a la lectura del *Orbe Catóptrico* de Jacobo Severcio. De la misma forma, Olmo debía a José Zaragoza (*Esphera*, 1675) la noticia del sistema creado por el jesuita Isaci, de características semejantes a las proyecciones de Gaspar Vopell y Gemma Frisius, aunque de paralelos rectos, y a su admirado Giovanni Baptista Riccioli la noticia de la imitación que de la cilíndrica de Gerard Mercator (1569) realizaron en sus planisferios distintos autores. Por contra, del Olmo parece conocer directamente las proyecciones utilizadas por Cornelio Iudeis (*Espejo del Orbe de la Tierra*, 1593), Oronce Finé (*Cosmographia*, 1528) y Giacomo Castaldo (*Mapa de Italia*, 1544). De Iudeis afirma que su sistema es semejante al empleado por Guillermo Postel y que proviene de la consulta del planisferio de Ptolomeo ilustrado por Commandino; de Finé, conocido en España gracias a la traducción de *Los dos libros de geometría práctica* que realizó Gerónimo Girava en 1553, que se limita a recoger la proyección ortográfica de Azarquiel, divulgada en Europa por Juan de Rojas Sarmiento; a partir de la de Castaldo, por último, del Olmo describe una amplia red de influencias en torno al segundo de los métodos citados de Ptolomeo. Así, considera que Castaldo fue imitado por Ortelius en su *Theatrum* y que un sistema semejante fue empleado por Gemma Frisius, quien a su vez influyó en la obra cartográfica de Gaspar Vopell. Del Olmo afirma haberlo comprobado personalmente en los compendios de Giovanni Hontero (*Geographia*, 1585) y Girava (*La Cosmographia*, 1570).

Tras analizar los ejemplos anteriores, del Olmo concluye reconociendo la imposibilidad de hallar una fórmula que respete conjuntamente distancias, superficies y ángulos al proyectar el esferoide sobre un plano. Puesto ante esta tesitura, se inclina por respetar las distancias, exponiendo para ello una proyección semejante a la de André Thévet que consideraba inédita. Posteriormente, dedica los siguientes capítulos a dar instrucciones para la construcción de mapas, planisferios y globos terrestres. Para los mapas generales y particulares (de continentes, países, regiones o provincias) del Olmo prefiere el uso de cartas planas. En su opinión, los primeros debían realizarse mediante paralelos concéntricos y meridianos rectos y concurrentes, sin utilizar las tablas aritméticas de Ptolomeo, mientras que los segundos debían poseer paralelos y meridianos rectos sin constituir por ello una malla ortogonal. Rechaza en este caso los consejos de Finé para la localización de las ordenadas y alude a Philippe Briet al reproducir su tabla de equivalencias entre paralelos. La carta de una región o provincia, finalmente, le da pie para dibujar la del antiguo reino de Valencia a partir de una red de paralelos y meridianos cortados en ángulo recto, dado que la superficie total no supera los 5 grados de latitud. A pesar de su sencillez, estamos ante el mapa del reino de Valencia más antiguo de los debidos a un autor del país [figura 4].

A continuación y tras describir la forma de realizar un planisferio tomando como centro cualquier ciudad de la Tierra, se detiene en la construcción de globos terrestres toman-



Figura 4

do las instrucciones de los *Comentarios* de Joseph Moles. Después de incluir algunas sugerencias al respecto, critica las operaciones efectuadas en este sentido por Daniele Barbaro (*La Pratica della perspettiva*, 1568) y Juan Caramuel (*Mathesis*, 1670), afirmando haber comprobado sus errores al utilizar los globos delineados por Guillermo Nicolai (1603). En su opinión estos últimos debían emplearse para:

- a) Calcular distancias lineales entre puntos dados de la superficie terrestre mediando el uso de la escala en sus diferentes unidades.
- b) Localizar fácilmente cualquier lugar una vez conocidas sus coordenadas geográficas.
- c) Averiguar la hora de salida y de puesta del Sol cada día del año en un punto dado de la Tierra, así como la duración de ambos crepúsculos.
- d) Calcular las diferencias de longitud y latitud entre dos zonas de referencia.
- e) Saber en todo momento la hora en cualquier lugar del mundo.

Olmo finaliza estos capítulos refiriéndose a las cartas marinas, materia en la que se limita a remitir al lector a las indicaciones dadas por Adriaan Metius en su *Tratado de Navegación* (1627).

f) Geografía descriptiva

Del Olmo inicia este apartado con la división del orbe por continentes, distinguiendo entre el mundo antiguo (Europa, África y Asia) y el mundo nuevo o moderno (América Septentrional, América Meridional, tierras Boreal y Austral o Magallánica), y la completa con una serie de breves capítulos dedicados a cada uno de ellos en los que trata del origen de su nombre, de sus límites y frutos, y de su división en provincias y reinos. Sigue luego con la enumeración de las principales ciudades del mundo, que realiza de acuerdo con el orden Europa-Asia-África-América, de N a S. Del Olmo reconoce que esta parte de la geografía es *desabrida*.

La descripción de los principales elementos geográficos continentales la inicia con los montes, cuyo origen atribuye a “los tumores que de la Tierra se levantan y de cada día insensiblemente crecen”. Para del Olmo, de las Sagradas Escrituras se colige que “crió Dios á los Montes en el principio del Mundo, para que no le faltase entonces esta perfeccion y hermosura; y no se originaron del deposito y ruinas, que dexaron las Aguas del universal diluvio como creieron algunos”. Pasa luego a una relación de los montes más significados, que clasifica en volcánicos, con agua, con restos arqueológicos, con abundancia de minerales y con significación religiosa. El mismo tratamiento reciben los ríos, cuyo origen liga a una corriente de agua proveniente del Paraíso que se dividió en cuatro brazos: Phison (circuye a la Tierra, se trata del Ganges), Geon (Nilo), Tigris y Éufrates, cada uno de los cuales se identifica con una virtud cardinal: prudencia, fortaleza, templanza y justicia, respectivamente. La descripción de todos ellos incluye fuentes, origen del nombre y dimensiones (anchura, profundidad, desbordamientos). Recurre a San Agustín para justificar el que su origen no concuerde con el reflejado en las Sagradas Escrituras. Según afirma, su nacimiento es el mismo, estando unidos “por secretos, ocultos, y subterráneos alveos”; de ahí que sus inundaciones respondan a unas mismas causas. Tras la descripción de algunos ríos europeos, del Olmo se detiene en la existencia de una fuente originaria, creada por Dios “para conservar en la superficie de la Tierra la hermosura de Plantas, Flores, y Frutos de que quiso llenarla para recreo, regalo del hombre”, de la que desconoce su localización, y termina con un relato sin orden aparente en torno a fuentes y lagos (propiedades de las aguas, composición de las mismas, etc.).

g) Curiosidades

El último capítulo del tratado reúne un total de ochenta páginas que contienen una relación inconexa de noticias muy variadas sacadas de autores clásicos: maravillas del mundo; piedras y peñascos; cavernas; simas; plantas y animales; curiosidades humanas (partos múltiples, pigmeos y gigantes, etc.); y minerales. De todas ellas destacan las referidas a la mineralogía (que ocupan casi cincuenta páginas) y las dedicadas, de acuerdo con una tradición que se remonta a los *mirabilia* clásicos (Río, 2003), a monstruos y toda suerte de seres anómalos. Al final del libro se incluye un índice sin paginar (con 27 páginas en total) de todas estas cosas notables.

5. CONCLUSIÓN

A menudo, el calificativo de *precursor* supone una etiqueta difícil de sobrellevar en la historia de las disciplinas científicas. Con más motivo si quien lo ostenta fue una persona alejada de los círculos universitarios que realizó una aportación tangencial al desarrollo de una de las ramas de la ciencia considerada como secundaria. Nacido en una familia de inquisidores, José Vicente del Olmo podría haber sido un personaje de la intrahistoria de la ciudad de Valencia cuya participación en oscuras tramas esperara a ser desvelada por un historiador que siguiese el camino iniciado por Lea y Haliczzer. Su paso por la cárcel antes de cumplir los treinta años, su meteórico ascenso en la burocracia municipal y su documentado enriquecimiento personal y familiar así lo hacían prever. Nada más alejado de la imagen beatífica del científico curioso e innovador que la figura de un inquisidor corrupto, maquiavélico y ávido de poder. Un *precursor* inesperado, colateral, fuera de la norma, que se aviene mal con la idea de un grupo de pensadores (el de los *novatores* valencianos) entregados en cuerpo y alma a enriquecer el conocimiento humano.

Y, sin embargo, con poco más de cuarenta años, instalado firmemente en el cargo de secretario de la Santa Inquisición en Valencia, José Vicente del Olmo empezó a desatender las obligaciones derivadas del mismo y emprendió el camino de las *buenas letras*. Lo inició acudiendo a todos los certámenes literarios y emblemáticos que se celebraron en una ciudad conventual y barroca en la que se sucedían festividades de todo tipo. Ganador de numerosos premios, obtuvo a través de ellos el reconocimiento social que le estaba vedado como funcionario inquisitorial. Las crónicas al respecto son elocuentes: José Vicente del Olmo era un *erudito que no deponía nunca el trabajo*. La muestra de esta erudición que supuso la redacción de la *Lithologia* en 1653 nos habla de un autor que ya por entonces vivía absorto en la lectura de los clásicos. Que esta erudición fuese puesta finalmente al servicio de la geografía debe atribuirse al magisterio del jesuita José Zaragoza, quien en su primer paso por Valencia reunió en torno suyo a un grupo de alumnos, entresacados de las familias más influyentes de la ciudad, que estaban interesados en las ciencias físico-matemáticas y acabarían anticipando el academicismo ilustrado.

José Vicente del Olmo abandonó entonces el cultivo de la poesía y centró los últimos treinta años de su vida en el estudio de la esfera terrestre. La elección de la geografía era consecuente con el carácter que tenía esta disciplina a finales del siglo XVII. Considerada como una rama menor de las ciencias físico-matemáticas, todavía conservaba el componente descriptivo e historicista que la convertía en campo propicio para *diletantes* de gabinete. Como harían más tarde Diego de Torres Villarreal o Antonio Bordázar de Artazu, José Vicente del Olmo entendió que esta rama era la que más oportunidades le brindaba de mostrar su erudición clásica y, al tiempo, de participar en el ambiente preilustrado que se abría paso en la ciudad de Valencia. Asiduo de las tertulias científicas que se prodigaban en ella, el contacto con los jóvenes matemáticos que las formaban debió de servirle de acicate para la redacción de la *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra* (1681). Esta obra, compendio imposible de todo lo que mínimamente pudiera considerarse como *geográfico*, no es sino el testamento literario de un *precursor*, la cumbre de una carrera inimaginable en un temido inquisidor del siglo XVII.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia que se celebró en la ciudad de Valencia, en la Alcaydia del Real Palacio, casa de don Luys Juan de Torres y Centellas* (1685), Valencia, Vicente Cabrera, 75 p.
- ÁLVAREZ, P. (1993): "Las academias de los novatores", *De las academias a la Enciclopedia*, Valencia, Generalitat Valenciana, 263-300.
- CAPEL, H. (1980): "Organicismo, fuego interior y terremotos en la ciencia española del siglo XVIII", *Geocrítica*, 27/28, Barcelona, Universidad de Barcelona, 94 p.
- CAPEL, H. (1982): *Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Oikos-tau, 389 p.
- CARRERES, F. (1949): *Las fiestas valencianas y su expresión poética (s. XVI-XVIII)*, Madrid, CSIC, 495 p.
- FAUS, A. (1988): "Aspectos geográficos en la obra de Antonio Bordázar de Artazu, impresor erudito valenciano del siglo XVIII", *Cuadernos de Geografía*, 43, 1-22, Universidad de Valencia.
- FAUS, A. (1990): "Teoría y práctica cartográficas en la Valencia preilustrada (1681-1744). Las obras de José Vicente del Olmo y Antonio Bordázar de Artazu", *Cuadernos de Geografía*, 48, 183-202.
- FAUS, A. (1997): "Desde del Olmo a Cavanilles. El antiguo Reino de Valencia en la cartografía española setecentista (1681-1797)", *Cartografía Valenciana. Siglos XVI-XIX*, València, Diputació Provincial de València, 83-101.
- Fúnebres elogios a la memoria de D. Pedro Calderón de la Barca, escritos por algunos apasionados suyos del Alcázar. A instancias de D. Joseph de Castellví y Alagón, Marqués de Villatorcas* (1681), Valencia, Francisco Mestre, 19 p.
- GIL, V. (1999): "Un model d'ascens social: inquisidors i familiars a la Plana de l'Arc", *II Jornades culturals a la Plana de l'Arc. Vilafamés 1997*, Vilafamés, Associació Cultural La Roca, 53-69.
- HALICZER, S. (1994): *Inquisición y sociedad en el Reino de Valencia (1478-1834)*, València, Alfons el Magnànim, 584 p.
- LEA, H.C. (1983): *Historia de la Inquisición española*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1066 p.
- LÓPEZ, J.M. et al. (1998): *La actividad científica valenciana de la Ilustración*, València, Diputació Provincial de València, 254 + 320 p.
- MAS, P. (1996): *Academias y justas literarias en la Valencia barroca*, Kassel, Reichenberger, 375 p.
- MARTÍ, F. (1927): *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el Reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 489 p.
- MÍNGUEZ, V. (1997): *Emblemática y cultura simbólica en la Valencia barroca*, València, Alfons el Magnànim, 163 p.
- NAVARRO, V. (1985): *Tradicció i canvi científic al País Valencià modern*, València, Tres i Quatre, 262 p.
- OLMO, J.V. del (1653): *Lithologia, o explicacion de las piedras y otras Antigüedades halladas en las çanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de nuestra Señora de los Desamparados de Valencia*, Valencia, B. Nogués, 215 p. + índice.
- OLMO, J.V. del (1681): *Nueva Descripción del Orbe de la Tierra. En que se trata de todas sus partes interiores y exteriores, y círculos de la esfera, y de la inteligencia, uso, y fábrica de los mapas, y tablas geographicas, assi universales, y generales, como particulares*, Valencia, Ioan Lorenzo Cabrera, 590 p. + índices.
- ORTÍ, M.A. (1659): *Solenidad festiva con que en la insigne, leal, noble, y coronada Ciudad de Valencia se celebró la feliz nueva de la canonizacion de su milagroso Arçobispo Santo Tomas de Villanueva*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 351 p.
- PEDRAZA, P. (1982): *Barroco efímero en Valencia*, València, Ajuntament de València, 380 p.

- RIBERA, A. (1998): *La fundació de València*, València, Alfons el Magnànim, 572 p.
- RICO, F. (1986): *El pequeño mundo del hombre*, Madrid, Alianza Universidad, 380 p.
- RÍO, E. del (2003): *Una era de monstruos: representaciones de lo deforme en el Siglo de Oro español*, Madrid, Iberoamericana, 309 p.
- RODRÍGUEZ, J. (1669): *Sacro, y solemne novenario, publicas y luzidas Fiestas, que hizo el Real Convento de N.S. del Remedio de la Ciudad de Valencia, a sus dos Gloriosos Patriarcas San Juan de Mata, y San Felix de Valois*, Valencia, Benito Macé, 681 p.
- RODRÍGUEZ, J. (1747): *Biblioteca valentina, compuesta por el M.R.P.M. Fr. Josef Rodríguez, Ministro del Real Convento del Remedio de Valencia, Cronista General del Orden de la SS. Trinidad en la Provincia de Aragón (...). Juntase la continuación de la misma obra, hecha por el M.R.P.M. Fr. Ignacio de Savalls, del mismo Orden, Provincial, y nombrado Cronista de la Provincia de Aragón*, Valencia, Joseph Thomas Lucas, 614 p.
- SANCHIS, J. (1659): *Discurso Panegirico sobre un jeroglífico compuesto por Joseph Vicente del Olmo, Secretario del Santo Oficio de la Inquisicion, en las Fiestas à la Canonizacion sobredicha; predicado en la Octava que celebrò el Convento de la Virgen del Socorro, donde està el Cuerpo de dicho Santo*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 4 p.
- TORRE, F. de la (1665): *Luzes de la Aurora, dias del Sol, en fiestas de la que es sol de los dias, y Aurora de las Luzes, Maria Santissima*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 612 p.
- TORRE, F. de la (1668): *Reales fiestas que dispuso la noble, insigne, coronada, y siempre Leal Ciudad de Valencia, a honor de la milagrosa Imagen de la Virgen de los Desamparados, en la Translacion a su nueva sumptuosa Capilla*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 558 p.
- TOVAR, V. (1983): *Arquitectura madrileña del siglo XVII*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 904 p.
- XIMENO, V. (1749): *Escritores del Reyno de Valencia, chronologicamente ordenados desde el año MCCXXXVIII de la Christiana Conquista de la misma Ciudad, hasta el de MDCCXLVII*, Valencia, Joseph Estevan Dolz, 368 + 385 p.

